

Reseña de "El oscuro corazón de la etnografía" de Katherine Irwin.

INTIMIDAD PEDAGÓGICA: ALGUNAS REFLEXIONES A PARTIR DE UN TEXTO ETNOGRÁFICO DE KATHERINE IRWIN.

Fernando Agustín Urrutia.

Cita:

Fernando Agustín Urrutia (2021). *INTIMIDAD PEDAGÓGICA: ALGUNAS REFLEXIONES A PARTIR DE UN TEXTO ETNOGRÁFICO DE KATHERINE IRWIN*. Reseña de "El oscuro corazón de la etnografía" de Katherine Irwin.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/fernando.agustin.urrutia/21>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ph2p/x69>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

***INTIMIDAD PEDAGÓGICA. REFLEXIONES A PARTIR DE UN TEXTO
ETNOGRÁFICO DE KATHERINE IRWIN***

Fernando Agustín Urrutia
Universidad Nacional de La Plata
Universidad Nacional de Moreno
Urrutiafernando4994@gmail.com
0009-0000-6564-7196

Katherine Irwin, en su artículo “En el oscuro corazón de la etnografía”, se interroga acerca de los beneficios y desventajas de la llamada etnografía íntima o intimidad etnográfica, teoría relativamente nueva que promueve una sociología carnal, el cultivo de la intimidad, la confianza y el apego emocional entre el investigador de campo y sus sujetos de estudio. Establecer este tipo de relación estrecha con los sujetos a los cuales se desea estudiar plantea varios problemas éticos al investigador, ya que la línea que separa la conexión y la empatía genuina de la manipulación con fines académicos es demasiado estrecha. La obsesión de estas teorías por detectar, paliar y evitar estos problemas morales los “ha empantanado excesivamente en microconsideraciones y ha fallado en vincular la experiencia cotidiana de investigación con prácticas, relaciones y desigualdades más amplias.” (Irwin, 2007: 138) Así, la etnografía íntima falla al vincular su práctica cotidiana con los problemas de amplio espectro como la desigualdad. Si la objetividad y el desapego perpetúa las desigualdades entre el investigador y el sujeto de una comunidad, el exceso de intimidad puede profundizar los desequilibrios de poder al perder la capacidad de reconocer las estructuras, es decir, “las propiedades que estimulan a las diversas prácticas sociales (especialmente las desigualdades) a transformarse en patrones sistemáticos en el tiempo y el espacio.” (Irwin, 2007: 134). Al perder de vista las formas en que las desigualdades sistemáticas entre los actores se ponen en juego o son resistidas, las advertencias éticas de la intimidad etnográfica “no pueden percibir la desigualdad y la explotación como fuerzas dinámicas que pueden suceder sin tener en cuenta si nosotros seguimos los códigos y fórmulas éticas.” (Irwin, 2007: 139) Esta situación fue experimentada en carne propia por Irwin cuando estudió la comunidad de tatuadores de Chicago y mantuvo una relación amorosa (que derivó en matrimonio) con uno de sus integrantes. Observó en primera fila

cómo los tatuadores constituían un grupo vulnerable en la sociedad, pues eran despreciados e insultados, echados de los negocios, la policía los consideraba sospechosos de antemano. Ella, por su parte, podía desplazarse sin inconvenientes por la ciudad, lo que delataba su lugar de poder. Así, ser parte de la comunidad (siendo ella una outsider) gracias a su noviazgo la puso frente al problema de detectar y no abusar de las diferencias de poder entre ella y sus amigos, que eran a la vez su objeto de estudio. Tanta fue su preocupación por los posibles daños de su trabajo de campo, que olvidó, justamente, las estructuras de desigualdad y explotación entre las que se desplazaba: “Me di cuenta de que me había obsesionado con un sinfín de microconsideraciones y había perdido el foco sobre los vínculos entre las informaciones que iba recolectando, las relaciones, las opciones de investigación, la escritura y las desigualdades institucionalizadas” (Irwin, 2007: 154) De este modo, ni el trabajo de campo ni el vínculo de la socióloga terminaron bien, y los daños ocasionados por la intimidad y el vínculo emocional resultaron mayores que los beneficios, pues “La subjetividad no es más o menos explotadora que la objetividad. [...] Si los investigadores y los participantes de la investigación tienen lazos íntimos, la intimidad puede ser más dañina y problemática que la objetividad. [...] Los peligros y placeres del campo pueden dejar a los informantes, tanto como a los investigadores, heridos y doloridos después de sus encuentros cercanos.” (Irwin, 2007: 156)

He comenzado con esta quizás demasiado extensa introducción al texto de Irwin porque me pareció una forma de dejar en claro el problema al que, como profesionales de la educación, nos enfrentamos en nuestro día a día: si reemplazamos las palabras investigador, sujeto y campo por profesor, estudiante y aula, respectivamente, veremos cómo el conflicto planteado por Irwin se aplica perfectamente a los dilemas que se presentan en una clase entre el docente y sus alumnos. Si aplicamos, siguiendo a la autora, una suerte de “intimidad pedagógica” y alentamos un vínculo emocional demasiado estrecho con los estudiantes, podemos caer en el error de que la empatía generada evite debatir hondamente tanto los saberes como, por ejemplo, las estructuras generales de poder que guían las prácticas sociales que profundizan la desigualdad, por miedo a la reacción de los estudiantes, la posibilidad de ofenderlos, de herirlos, o de que parezca un abuso de nuestro lugar de poder como docentes que ofrecen un saber que bien puede ir a contramano de los saberes sujeto de los alumnos. Hay, por tanto, una disociación instrumental mínima y elemental que el docente debe

mantener en el vínculo que establezca con sus estudiantes, un cálido equilibrio que permite, sin agudizar los lugares de poder, nutrir el intercambio de experiencias, ideas y reflexiones, contrapuntos y argumentos en un clima de confianza, respeto, amabilidad y distendimiento. Esta rara armonía entre la intimidad y la objetividad es lo que deberían cultivar los profesores. La confianza, el clima de respeto y la naturalidad con que se teje el debate y el intercambio en el aula resulta fundamental. Ahora bien, la construcción de este clima debe iniciar con la puesta en marcha de un mecanismo que priorice el encuentro y el diálogo entre los saberes de los alumnos y el contenido que desean transmitir los docentes. Irwin plantea que “La herramienta más importante para evitar el daño y la explotación es identificar el contexto estructural que rodea nuestra investigación. Esto significa que necesitamos hacer más que reconocer las diferentes ubicaciones estructurales que ocupamos con respecto a nuestros sujetos de estudio.” (2007: 157), y es precisamente esta identificación del contexto lo primero que hace un profesor en contacto con una comunidad de estudiantes con crianzas y saberes muy diferentes. Dar espacio a la voz y la interpretación de los estudiantes (desde su saber) de los temas propuestos, en este sentido, es de vital importancia. Lejos de interpelar con un “está bien” o “está mal”, la función docente es focalizar en palabras o ideas claves dichas por los propios alumnos que, al ser repensadas, reformuladas, profundizadas y retomadas van tejiendo una constelación de conceptos que el mismo grupo aporta, primero, y enriquece, después. Es un ida y vuelta marcado tanto por el clima de confianza como por la posición depurada, mas no anulada, de poder del docente que guía, que interroga, modera y nutre con intervenciones precisas el debate, lo que favorece, entre otros, la construcción colectiva del conocimiento. De este modo, los saberes cobran forma a través de la discusión. Esto es posible, justamente, porque se da lugar a la intromisión de los saberes sujetos, de la comparación con las vivencias propias, con lo conocido, y permite a los profesores orientar la clase hacia las temáticas que pretenden abordar a partir de los mismos aportes de los alumnos, lo que promueve tanto la confianza como la interrogación crítica.

Ahora bien, cuando emerge la contradicción, cuando las opiniones no son las mismas y los temas propuestos no logran una simbiosis con los saberes previos y, por el contrario, generan un automático rechazo; cuando surge una resistencia a la teoría, a las ideas, al debate, de primar el apego emocional (volviendo a Irwin), el método de la intimidad pedagógica se torna completamente contraproducente y aparece el temor a herir susceptibilidades, a

“ganarse la bronca” del estudiante o bien su rechazo. La diversidad, sin embargo, nos exige la no imposición del saber. El ejercicio de cualquier posición de poder, por mínima que sea, consiste, en esencia, en la permanente tentación de su abuso. Lejos han quedado los días en que el profesor imponía su voz desde el atril del saber normalizado. Hoy, el poder es la implementación de un trabajo constante con los saberes sujetos de los alumnos mediante el debate y el intercambio de reflexiones, lo que no solo admite la participación de los mismos, sino que también permite, a través de las observaciones, preguntas y repreguntas de los docentes, una lenta (auto)crítica nacida de la (auto)exploración de las estructuras del saber en clave de una tímida y progresiva deconstrucción.

Quedará en manos de las nuevas generaciones de profesores y profesoras consolidar el cambio en los modos de dar clase, y realizar, así, una real y definitiva revolución educativa.

BIBLIOGRAFÍA

Irwin, Katherine (2007) “En el oscuro corazón de la etnografía. Ética y desigualdades en las relaciones íntimas al interior del campo”. *Apuntes Cecyp*, 12, 133-163